

Autor: Jordi Pujol
Madrid, 15 de junio de 2006

“El papel de la iglesia ante los nacionalismos”

Hablar sobre catolicismo y España es tarea muy ardua. Son dos temas de mucha envergadura. Y mucho más si se juntan. Tanto es así que yo soy el primer sorprendido de estar aquí para hablar sobre esto. En realidad dudé en aceptar la invitación, estuve incluso decidido a declinarla. Por otra parte, la doctrina sobre este tema Uds. la conocen tanto o mejor que yo. O sea que si algo puedo aportar –lo único que puedo aportar- es mi vivencia sobre este tema. La mía y la de unos cuantos más. No diré que la de Cataluña entera, que es muy diversa. Pero haber sido 24 años Presidente de Cataluña, por supuesto elegido democráticamente, y no habiendo ocultado nunca ni mi fe ni mi vinculación al pensamiento social de la Iglesia le da quizás un cierto valor. Por lo menos testimonial. Y aquí me tienen.

Pero desde entonces, desde el momento de mi aceptación la Conferencia Episcopal española ha decidido discutir y analizar la situación cultural, social, política y religiosa de España. Y se ha empezado a hablar del concepto de unidad de España como valor moral. Esto hace más delicada, todavía, mi intervención.

Por otra parte España está inmersa en un debate serio, e incluso agrio sobre organización territorial y sobre identidades. En realidad sobre la idea y el concepto de España. Es un debate general, pero que tiene en Cataluña un epicentro muy principal. Afirmaciones o peticiones hechas desde diversos puntos de España no provocan especial desasosiego, y menos todavía reacciones muy encontradas. Sí en cambio si proceden de Cataluña.

El catolicismo, la conciencia católica, puede o debe quedar al margen de esto? Es decir, ¿es cierto o no lo que en 2002 dijo la Facultad de Teología de Cataluña, es decir, que “respecto a las declaraciones políticas y sociales de los principios, la función del magisterio es respetar la libertad de las comunidades cristianas en sus decisiones sociales y políticas”?

Las adherencias históricas y políticas del concepto de unidad que a veces ha defendido la Iglesia española nos resultan negativas (y excluyentes). La experiencia que tenemos de ello es mala. Han ido ligadas a centralismo y uniformismo (y a presión sobre la personalidad colectiva de Cataluña).

¿O dicho de otra manera: catolicismo y España, catolicismo y organización política de España, hasta que punto están entrelazados?

En la Iglesia –dentro de la Iglesia y siendo Iglesia- siempre ha habido más de una familia. Siempre ha habido franciscanos y dominicos, agustinos y tomistas, Legionarios de Cristo y S. Egidio. Y por supuesto opiniones políticas diversas, y adscripciones nacionales y sociales incluso contradictoras. Por supuesto que en Cataluña hay y siempre ha habido de todo. Pero una parte importante de la Iglesia catalana tuvo en el pasado –luego hablaremos del presente- actitudes no coincidentes con buena parte de la Iglesia española. Fue así las décadas anteriores a la Guerra Civil española.

Pero en realidad poco o mucho siempre ha sido así. Y ello tiene una explicación muy fácil: Cataluña ha tenido siempre, y tiene hoy, una personalidad propia y diferenciada dentro de España. Y quiere conservarla. Es más, pretende a partir de esta personalidad propia, y no de su renuncia, desarrollarse plenamente e incluso ejercer un papel importante dentro de España.

Nada explica esto mejor que un mapa que tuvo gran difusión en España a mediados del siglo XIX. Llevaba por título “Mapa político de España en que se presenta la división territorial con la clasificación política de todas las provincias de la Monarquía”.

La mayor parte del territorio correspondía a la –en terminología del propio mapa- “España uniforme, puramente constitucional, que comprende estas treinta y cuatro provincias de las Coronas de Castilla y León, iguales en todos los ramos económicos, judiciales, militares y civiles”. Luego había la España foral, con las cuatro provincias vascas y Navarra. Y luego la –textualmente- “España incorporada o asimilada, que comprende las once Provincias de la Corona de Aragón, todas diferentes en el modo de contribuir y en algunos puntos del derecho privado”.

Curiosamente no se refería a diferencias lingüísticas y culturales, probablemente por la mentalidad muy asimilacionista de los autores del mapa que daban por supuesto que desaparecerían. Y en cambio eran y son de una gran importancia. En realidad no era cierto que estas provincias estuviesen totalmente asimiladas, como el mapa pretendía.

Esta situación procedía ya en parte del tiempo de los Reyes Católicos, pero sobretodo de principios del siglo XVIII. Y el objetivo de la llamada, en el mapa, España uniforme, por otra parte más potente y con una idea muy consolidada y, creo yo, exclusiva de lo que debiera ser España era que las provincias llamadas incorporadas fuesen totalmente asimiladas. Las provincias en cuestión resistieron, y algunas se siguen resistiendo a ser asimiladas. Concretamente y de una manera especial Cataluña. Hasta hoy. Resiste en lo

identitario, y en lo político, e incluso en la idea de España, y en el papel que le corresponde jugar en España. Y de ahí que la relación de Cataluña con el conjunto de España conserve un tono dialéctico, que muchas veces ha sido fecundo, pero que puede ser causa de tensiones.

Y puesto que esto es así es lógico que estas visiones no coincidentes se produzcan a veces también en el ámbito de la Iglesia y de las ideas religiosas.

Durante los años de poca reacción catalana ante el asimilacionismo del Estado –buena parte del siglo XVIII y del XIX- el conflicto estuvo amortiguado. Se produjo una situación bastante similar a la de muchos países de Europa. En todos los países donde había minorías lingüísticas y culturales, de hecho minorías nacionales, se produjo una doble acción de la Iglesia. Por un lado, la Iglesia de base, la iglesia popular, mantenía la lengua y el sentimiento del pueblo. Por el otro, la Iglesia alta, la más oficial, y en general los Obispos, solía estar muy vinculada al poder central y a la política uniformista y asimilacionista de las minorías por parte del Estado. El Papa Juan Pablo II conocía bien esta historia ya que buena parte de la Polonia actual –incluida la ciudad de Cracovia, tan conocida por el Papa- había formado parte durante más de 120 años del Imperio austriaco. A pesar de que Austria también era católica el clero polaco había tenido que defender la identidad polaca. El historiador francés René Rémond, gran intelectual católico, lo explica bien en su libro “Religion et Société en Europe”. Lo hace en un capítulo titulado “La religion sauve la nation”. Y casos como este, de defensa de la lengua, la cultura y el sentimiento nacional hay muchos más, a menudo también entre Estados católicos y comunidades católicas. Fue el caso de Hungría y Eslovaquia, de Lituania y Polonia, de Eslovenia y Austria, de Italia y del Tirol del Sur, Bélgica y Flandes, etc. Es una lista de conflictos que algunos desembocaron en la independencia, y otros en una buena convivencia.

Por cierto que entre los ejemplos que René Rémond cita del papel protector de la religión Católica respecto a las identidades culturales, lingüística, de memoria histórica y política figura el de la Abadía de Montserrat, que calificó de “haut lieu”, o gran referente, dice, de la nacionalidad catalana y que se opuso, sigue diciendo, a la política del régimen franquista respecto a Cataluña.

Pero para ustedes y para mi no es necesario recurrir a René Rémond para saber esto. Todos sabemos lo que en el terreno del uso de la lengua catalana representó, por ejemplo, St. Antoni M. Calret, por otra parte confesor de la Reina, o la oposición que la Iglesia catalana, muy especialmente el clero parroquial, opuso a los intentos de prohibir la enseñanza del catecismo en ¹catalán. Y sabemos también que después de esta etapa catalana que en

¹ Este tema del catecismo me lleva a recordar el caso de Scania, en la región del sur de Suecia. Scania, con las ciudades de Malmoe y Lund, fue danesa hasta la segunda mitad del siglo XVII, en que fue conquistada por los suecos. Los cuales, para desnacionalizar Scania, tomaron dos medidas. La primera,

ciertos aspectos fue de tono bajo vino una etapa de gran creatividad, rico en iniciativas y muy moderna, todo ello con una aportación decisiva de la Iglesia y del pensamiento católico (como no podía ser de otra forma por la importancia de las raíces cristianas).

Verdaguer, un sacerdote, es el gran impulsor del renacimiento lingüístico y de la recuperación de la conciencia colectiva. Siguen Gaudí, Maragall, Torras i Bages, Miquel d'Esplugues, el canónigo Manyà, el canónigo Cardó, y un muy largo etcétera.

Por supuesto que Montserrat juega un papel muy importante en una doble vertiente, la de la devoción popular y la intelectual y artística.

Añadan a esto el movimiento litúrgico, y la figura del Cardenal Vidal i Barraquer.

En Cataluña, y en la Iglesia catalana, concretamente, había de todo. Pero lo que con mayor potencia representaba y encarnaba el catolicismo era esta Iglesia por una parte muy popular, muy parroquial, y por otra intelectualmente muy activa y moderna, y en ambos aspectos muy vinculada al sentimiento catalanista aunque –en esto y en todo- sin adoptar posiciones de enfrentamiento radical. En otro sentido fue una Iglesia con fuerte influencia del catolicismo europeo de los años 20 y 30, en buena parte francés y belga, pero también alemán.

Este catolicismo se vio sometido a la prueba dura y cruel de 1936. Entre julio, agosto, septiembre y octubre de aquel año fueron asesinados 2400 religiosos: sacerdotes, frailes, monjes, etc. También católicos que habían optado por la República (por ejemplo, militantes de UDC). Tres obispos. 316 militantes de la F.J.C. (Federació de Joves Cristians de Catalunya).

Terminó la guerra. Y un sacerdote amigo mío me contaba años más tarde: “Había estado casi tres años escondido en una casa de la Calle Mayor de mi pueblo. Me escondieron unos parientes no sospechosos. A través de las rendijas de la persiana vi como las tropas de Franco entraban por la Calle Mayor. Pensé, con alegría, que al día siguiente podría celebrar misa. Pero lloré porque sabía que empezaba una dura persecución de Cataluña”. Como decía hubo de todo. Mi familia, republicana, escondió a un pariente lejano seminarista, de origen carlista, pero de fuerte sentimiento catalán, con una madre muy activa en el movimiento cultural catalanista. Y que al final murió en Codo, enrolado en el Tercio de la Virgen de Montserrat.

prohibir el catecismo luterano danés y sustituirlo por el sueco. En aquel entonces el catecismo era una de las pocas lecturas del pueblo llano, y especialmente de la población rural. La segunda, reforzar mucho la Universidad de Lund, pero con un profesorado totalmente sueco. Es decir, desterrar la lengua y la cultura danesas en el nivel más popular y en el nivel académico y de alta cultura. Ejemplos de este tipo hay muchos en Europa. Cito este –nórdico y luterano- para enfatizar que los procesos de desnacionalización se han dado de una manera generalizada.

El Cardenal Vidal i Barraquer siguió en el exilio. Murió en él cuatro años después de la guerra. Se había negado a firmar la carta colectiva de adhesión a Franco y a la Cruzada. La lengua catalana estuvo rigurosamente prohibida en público, en la Administración, en la escuela, en los medios de comunicación, etc. Durante varios años de una manera radical, después muy marginada.

Y, como caso paradigmático, la FJC fue prohibida por la propia Iglesia, que impuso una Acción Católica Española totalmente unificada y sujeta a normas centralistas, y excluyentes de lo catalán.

Quiero detenerme un momento en este gran movimiento de juventud que fue la F.J. C., que llegó a agrupar 25.000 jóvenes. Evidentemente catalanistas, en el sentido de sentimiento popular, no en el político. La F.J.C. evitó siempre todo tipo de conexión política.

Sin embargo fue muy agredida por las juventudes más izquierdistas y más sectarias de aquel momento. No fue una simple delegación de A.C. española, sino que mantuvo su personalidad propia. Como antes he dicho durante los primeros meses de la Guerra Civil 316 "fejocistes" fueron asesinados. Uno de ellos ha sido beatificado, Francesc Castelló, de Lleida. Otro fejojista ha sido beatificado recientemente, pero no por razón de martirio. El Dr. Pere Tarrés, uno de los dirigentes más carismáticos de la Federación, médico y después sacerdote, muerto en 1950. Tuve la suerte de tratarle personalmente.

Me he extendido en este tema de la F.J.C., porque ilustra muy bien lo que era esta mentalidad católica, muy arraigada en el país aunque no nacionalista radical, ni separatista, con voluntad de mantener su personalidad propia y por otra parte con una mentalidad muy romana. En el marco de una acción política de negación de lo catalán, su prohibición, y otras medidas de orientación similar, condujeron a una Iglesia catalana que vivió el fervor religioso que suele darse después de las persecuciones, pero carente de columna vertebral propia. Una Iglesia en buena parte extraña, sobretodo en sus manifestaciones más jerárquicas, más oficiales y más públicas. No tanto en su base, en bastantes parroquias, en algunas órdenes religiosas. Aunque había otras órdenes, en cambio, que se distinguieron por su nacionalcatolicismo y un anticatalanismo radical. Solían ser órdenes religiosas con muchos miembros no catalanes. Esto, por cierto, ha cambiado mucho durante los últimos treinta años, y para bien.

Termino este comentario con una anécdota. De muy joven, casi un niño, yo iba a menudo a una iglesia de una de estas órdenes, muy cerca de mi casa. Por supuesto que allí no se oía ni una palabra en catalán. Ni en el confesionario. Añadan a esto unos sermones de un nacionalcatolicismo exacerbado. Llegué a pensar que ser catalanista, como éramos en mi casa, tenía algo de pecaminoso. Hasta que encontré a un capuchino y se lo conté. Me dijo: "Esta gente sólo cree en el Dios de la venganza. No vayas más a esta iglesia. Te engañan. O vas a la parroquia o vienes a nuestro convento".

Todo esto lo explicó muy bien el Dr. Carles Cardó en su libro “Historia espiritual de las Españas”. Y lo resumió con la expresión “las dos tradiciones” que hay en el catolicismo español. En realidad la plasmación de estas dos visiones que hay de España, que ha ya explicado antes, y que se da también en lo religioso. La nuestra minoritaria dentro de España, pero muy universal y muy auténtica. Y siempre opuesta a lo que en determinados momentos ha sido el nacional catolicismo.

Y no queremos que esto vuelva. Ni por asomo. Ni en lo estrictamente religioso, ni en sus derivaciones políticas ni en su instrumentalización al servicio de un determinado concepto de España. Por supuesto que no se entendería la historia de España sin el catolicismo. Tampoco la de Cataluña. Ni la de Francia. Ni la de toda Europa sin el cristianismo. Pero ello no justifica la utilización del argumento religioso o teológico para imponer una determinada, única y excluyente idea de España. De ahí que huyamos de todo cuanto pueda conducir a dar sentido teológico al concepto de unidad de España, de darle sentido religioso. Y, repito, no es que rechacemos la idea de la unidad de España, pero no como valor religioso.

¿Qué tenemos ahora en Cataluña? Un país sereno hasta hace poco, y ahora tensionado. Con mucha diversidad interna tanto intelectual como demográfica. En cambio, con buena cohesión y buen ascensor social. Siempre con mucha influencia europea, y también ahora; por consiguiente, influido por la crisis europea de ideas y valores.

Es un país con un sentimiento catalanista difuso, pero potente y operativo. Se dice a veces que debido a la inmigración, a los cambios sociales y de mentalidad el catalanismo ha perdido fuerza. Pero los resultados electorales lo contradicen, lo mismo que los posicionamientos populares. Y persiste, ahora incrementado, la sensación de encaje mal resuelto con el conjunto de España. Se ha dicho durante años que cuando Pujol se retirase y el nacionalismo de CiU perdiese poder la relación entre Cataluña y el resto de España sería muy buena. No ha sido así, sino al contrario. O sea que ni el catalanismo ni ciertas dificultades de relación eran un invento. Responden a realidades profundas.

El catolicismo catalán vive en este marco. Con grandes retos. El reto procedente de la crisis religiosa de corte europeo, que no ha llegado tanto a otras zonas de España, pero que llegará. Hay católicos españoles que han tenido, o tienen todavía, la impresión de que la “católica España” se librará de la crisis del catolicismo europeo. Pero se equivocan. Como se equivocaban cuando creían que precisamente porque conservarían mejor determinados valores mantendrían una buena natalidad. Hoy la natalidad española, y la italiana, son las más bajas de la Europa occidental.

Otro hecho con el que convive la Iglesia catalana es la situación de un cierto desconcierto de la sociedad catalana –probablemente fugaz, pero ahora real- y las consecuencias de una gran crispación política en el resto de España. Que es realmente preocupante. Crispación que por un lado se dirige contra Cataluña, pero que además fractura peligrosamente la sociedad y la política españolas.

Finalmente hay una problemática social compleja. Hay cambios sociales, algunos muy positivos. Hay gran dificultad –en Cataluña y en todas partes- para una eficaz transmisión de valores. Y hay el hecho de que Cataluña es probablemente el país de Europa que relativamente en menos tiempo ha recibido más inmigración y más diversa. Hasta el presente Cataluña ha tenido una gran y positiva capacidad de integración. Pero ahora el reto es especialmente grande.

Dejemos estas consideraciones más específicamente catalanas y españolas y analicemos este tema en términos más generales. Qué dice la doctrina de la Iglesia sobre los nacionalismos? Hay abundancia de textos sobre esto.

La doctrina de la Iglesia hace constantes referencias a las comunidades que tienen lengua y cultura propias, que tienen conciencia nacional, que tienen una fuerte memoria histórica. Juan Pablo II ha hablado mucho en este sentido, pero también Pablo VI, y Pío XI y algunos Sínodos. Juan Pablo II ha hablado del derecho a tener una nación, la nación como educadora de los hombres (es decir, la nación como instrumento para que los hombres puedan ser más), de la nación como de algo que da forma a los hombres, Todo esto ya lo había dicho la doctrina socialcristiana lustros antes, pero Juan Pablo II insistió en ello. Dice que “las naciones siempre conservan su soberanía nacional”, también cuando no les es debidamente reconocida. Habla de “una soberanía fundamental que deriva de la propia cultura” y de una “maravillosa soberanía histórica”. Y afirma que “la cultura de cada nación se expresa entre otras cosas, y sobretodo, a través de la lengua”. En 1985 habla a aquellos que “deben defender su propia existencia y la identidad esencial de su nación”. Especialmente contundente fue el discurso de Juan Pablo II en la UNESCO, el 2 de junio de 1980. Habla del derecho de la nación a existir, y lo basa sobretodo en la lengua, la cultura y la educación. Habla de “una soberanía fundamental de la sociedad que se manifiesta en la cultura de la nación”. Habla de “naciones que poseen una maravillosa soberanía histórica, nacida de su cultura y que, pese a ello, están privadas de su total soberanía”. Y así podríamos seguir con su discurso de Tokio del 24 de febrero de 1981, o con la Carta Apostólica a los jóvenes y a las jóvenes del Mundo de 3 de marzo de 1985, donde subraya la importancia de la labor de quienes “deben defender su propia existencia y la identidad esencial de su nación frente al peligro de destrucción desde el exterior o de descomposición desde el interior”.

¿Todo esto sería sólo de aplicación para Polonia que fue oprimida y perseguida en su identidad, incluso troceada durante más de 100 años? ¿O para Croacia, y Lituania, países católicos sometidos a Estados no católicos? Es de suponer que no, es de suponer que esta doctrina tiene carácter universal. También es de suponer que no presupone necesariamente que la nación llegue a tener Estado propio. Cuando Juan Pablo II hacía estos discursos ni Lituania ni Croacia eran independientes ni era previsible que lo fuesen, pero sus derechos eran los mismos. Por otra parte, esta doctrina hoy es aplicable a entidades lingüísticas, culturales, jurídicas, etc., no precisamente independientes, pero que defienden con justicia no un Estado propio, pero sí su derecho al respeto a su realidad de nación. Y ahí es oportuno señalar que la doctrina pontificia – también Juan Pablo II- siempre ha subrayado la diferencia entre Estado y Nación.

Por supuesto que ante el nacionalismo hay que ser precavido puesto que es cierto que puede pervertirse. Porque tiene sus riesgos. Monseñor Fernando Sebastián se refiere a ellos. Dice: “Situación al nacionalismo sólo en la categoría de los sentimientos es dejarlo demasiado desamparado ante el grave riesgo de la irracionalidad y de la desmesura”. Y es cierto. Tan cierto que requiere detenerse en ello.

Primero, en términos no propiamente religiosos.

Todas las doctrinas, todas las ideologías, todas las religiones, todos los proyectos políticos y sociales son ambivalentes. Pueden orientarse hacia lo positivo o hacia lo negativo.

La defensa de la libertad es la base esencial del desarrollo y del devenir y del progreso humano, también en lo religioso. Sin embargo, a veces esta defensa ha conducido a un individualismo extremo, al desorden profundo y a la destrucción personal o social. Pero esto no invalida el gran valor de la libertad.

Los cristianos agradecemos del don que significa la fe. Y la religión en general, y concretamente la nuestra ha jugado un gran y formidable papel civilizador. Pero como cara oscura de la moneda la religión, también la nuestra, también ha dado paso a veces al fundamentalismo y al fanatismo.

El socialismo ha producido la socialdemocracia y ha contribuido a mejorar la sociedad y las relaciones humanas. Pero del mismo núcleo doctrinal que el socialismo democrático han surgido dictadores atroces, empezando por el estalinismo.

Y el nacionalismo nos ofrece desde una visión positiva y humanista consistente en ofrecer un marco cultural y humanista de desarrollo personal hasta la exacerbación nacionalista con los abusos y atropellos que conocemos.

Así pues el nacionalismo, ni más ni menos que otras doctrinas e ideologías, tiene que ser vigilante consigo misma. Y es bueno que Monseñor Sebastián, o quien sea, lo advierta.

Y que se defina bien que puede ser un buen nacionalismo, y que no. La propia doctrina de la Iglesia lo ha hecho.

Por ejemplo, en el Sínodo de los obispos de 1971, bajo el pontificado de Pablo VI, habla de nacionalismo responsable. Y de nacionalismo identitario, defensivo y positivo. Y en su encíclica de 1938 Pío XI habla de un nacionalismo justo, es decir, que otorga a las otras naciones lo que les corresponde; moderado, es decir, que se dejó conducir por la recta razón; y templado, es decir, que es capaz de dominar los excesos. Y en la misma línea de nacionalismo político hay que situar los discursos antes citados de Juan Pablo II.

He procurado explicar el temor de muchos católicos catalanes –temor explicable dados los antecedentes históricos- ante todo lo que pueda significar dar a la unidad de España una justificación religiosa o incluso teológica que por otra parte no nos parece justificable desde el punto de vista de la doctrina. Ante todo lo que pretenda conjugar unidad política con comunión de fe. Ante toda idea de sacralizar una idea de España que históricamente ha marginado Cataluña o incluso ha propugnado su estricta asimilación.

Todo ello proclamado desde la fe cristiana, y esto dicho desde la mayor humildad en tanto que creyente. E incluso dicho con la autoridad de haber contribuido, en lo que he podido, al progreso político, económico y social y de autoestima del conjunto de España. De una España acorde con nuestra visión de España. Pero en todo caso, lealmente.